



«Una novela poderosa,
aterradora y conmovedora
que nos sumerge en el oscuro
océano de la mente».

el abismo

NEAL SHUSTERMAN

PREMIO NACIONAL
DE LITERATURA JUVENIL EN EE.UU.



ANAYA

Título original: *Challenger Deep*

© Neal Shusterman, 2015

Published by arrangement with Harper Collins Children's Books,
a division of Harper Collins Publishers.

© De la traducción: Adolfo Muñoz, 2017

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2017
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayaintantilyjuvenil@anaya.es

1.^a edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-698-3373-5
Depósito legal: M-40699-2016

Impreso en España · Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por
la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para el doctor Robert Woods



1

QUE VIENE EL OGRO

Hay dos cosas que sabes. Primera: que tú estabas allí. Segunda: que es imposible que estuvieras allí.

Mantener al mismo tiempo estas dos verdades incompatibles es algo que requiere destreza malabarística. Por supuesto, para hacer malabares se necesita una tercera bola, si se quiere mantener un ritmo continuo y fluido. Esa tercera bola es el tiempo, que rebota más a lo loco de lo que nadie quiere creer.

Son las cinco de la madrugada. Lo sabes porque en tu dormitorio hay un reloj a pilas que hace tictac tan fuerte que a veces tienes que silenciarlo echándole una almohada encima. Y, sin embargo, mientras aquí son las cinco de la madrugada, son también las cinco, pero de la tarde, en algún lugar de China, lo cual demuestra que las verdades incompatibles tienen perfecto sentido cuando se ven con una perspectiva global. Sin embargo, has aprendido que dirigir tus pensamientos hacia China no siempre es buena cosa.

Tu hermana duerme en la habitación contigua, y en la siguiente lo hacen tus padres. Tu padre está roncando. Tu madre no tardará en darle un empujón lo bastante fuerte para hacer que se gire. Y los ronquidos cesarán, tal vez hasta el alba. Todo esto es normal, y produce una especie de consuelo.

Al otro lado de la calle se ponen en marcha los aspersores, que chisporrotean con tanta fuerza que ahogan el tictac

del reloj. Puedes oler el vapor de agua a través de la ventana abierta: agua suavemente clorada e intensamente fluorada. ¿No se agradece saber que el césped del barrio tendrá los dientes sanos?

El silbido de los aspersores no es el sonido de las serpientes. Y los delfines pintados en la pared de tu hermana no pueden tramar complots mortales. Y los ojos de un espantapájaros no ven.

Aun así, hay noches en las que no puedes dormir, porque esas cosas con las que haces malabares requieren toda tu concentración. Tienes miedo de que pueda caerse una bola, y ¿entonces qué? No te atreves a imaginar qué pasaría después de ese momento. Porque esperando ese momento está el capitán. Es paciente. Y aguarda. Siempre.

Incluso antes de que hubiera barco, allí estaba el capitán. Este viaje empezó con él y sospechas que terminará con él, y que entre medias no hay más que el polvo alimenticio de los molinos de viento, que podrían ser ogros moliendo huesos de niños para hacerse su pan.

Pisa sin hacer ruido, o los despertarás.

2

PROFUNDIDAD INCONMENSURABLE

—No se sabe hasta dónde alcanza —dice el capitán, mientras el lado izquierdo del bigote le tiembla como el rabo de una rata—. ¡El que cae en ese abismo inescrutable tarda días en llegar al fondo!

—Pero la Fosa ha sido medida —me atrevo a observar—. Hay gente que ha llegado allí abajo. Yo sé que tiene una profundidad de once mil metros.

—¿Vos lo sabéis...? —se burla él—. ¿Cómo puede un cachorrito tembloroso y malnutrido como vos conocer nada que se encuentre más allá de los mocos de su nariz? —Entonces se ríe, satisfecho por el modo en que me ha descrito. El capitán está lleno de arrugas curtidas por los aires de toda una vida pasada en altamar, aunque su barba oscura, enmarañada, oculta muchas de ellas. Cuando se ríe, las arrugas se estiran y se le pueden ver los músculos y nervios del cuello—. Sí, cierto es que los que se han aventurado por las aguas de la Fosa dicen haber visto el fondo, pero mienten. Mienten como una alfombra que guarda secretos debajo y reciben el doble de palos que ella, pero no hay otro modo de espantarles el polvo.

He desistido de intentar comprender las cosas que dice el capitán, pero todavía me pesan. Como si me estuviera tal vez perdiendo algo. Algo importante y engañosamente evidente que solo consigo entender cuando ya es demasiado tarde.

—La profundidad es inconmensurable —dice el capitán—. Y no le permitáis a nadie que os cuente otra cosa.

3

MEJOR ASÍ

Tengo este sueño: estoy tendido sobre una mesa, en una cocina demasiado iluminada donde todos los electrodomésticos son de un blanco muy brillante. No tanto nuevos como haciéndose pasar por nuevos. Plástico con acentos de cromado, pero plástico más que nada.

No puedo moverme. O no me quiero mover. O tengo miedo de moverme. Cada vez que tengo el sueño, es un poco distinto. Hay personas a mi alrededor, solo que no son personas, son monstruos disfrazados. Han entrado en mi mente y han arrancado imágenes de ella, para convertir después esas imágenes en máscaras que parecen personas a las que quiero, pero sé que es solo un engaño.

Se ríen y hablan de cosas que no significan nada para mí, y yo me quedo paralizado entre todos esos rostros falsos, siendo el centro de su atención. Me miran con interés, pero solo en el sentido en que se mira con interés algo que uno sabe que pronto se irá.

—Creo que lo has quitado demasiado pronto —dice un monstruo que lleva el rostro de mi madre—. No ha estado bastante tiempo.

—Solo hay un modo de averiguarlo —dice el monstruo que está disfrazado de mi padre. Noto risas alrededor, que no provienen de su boca, pues la boca de las máscaras no se mueve. La risa está en sus pensamientos, que me lanzan dardos envenenados, disparados desde sus recortados ojos.

—Te encontrarás mejor así —dice uno de los otros monstruos. Entonces les rugen las tripas, haciendo tanto ruido como una montaña al derrumbarse, cuando me acercan las garras y hacen trizas con ellas su plato principal.

4

ES ASÍ COMO TE ATRAPAN

No puedo recordar cuándo empezó este viaje. Es como si siempre hubiera estado aquí, salvo que no puedo haber estado siempre aquí, pues hubo un antes, justo la semana pasada o el mes pasado o el pasado año. De lo que sí estoy bastante seguro, sin embargo, es de que sigo teniendo quince años. Aun cuando lleve años a bordo de la vieja reliquia que es este barco de madera, sigo teniendo quince. El tiempo es distinto aquí. No se mueve hacia delante: se mueve como de lado, como los cangrejos.

No conozco a muchos de los miembros de la tripulación. O tal vez, simplemente, no los recuerdo de un momento al momento siguiente, pues todos ellos tienen en sí una cualidad indescriptible. Están los mayores, que parecen haber pasado toda la vida en la mar. Son los oficiales del barco, si se les puede llamar así. Son piratas de Halloween, como el capitán, con los dientes falsamente ennegrecidos, llamando a las puertas del infierno como llaman los niños a las puertas de las casas esa noche de fantasmas. Me reiría de ellos si no creyera, sin lugar a dudas, que son capaces de sacarme los ojos con sus garfios de plástico.

Luego están los jóvenes como yo: chavales cuyos crímenes los expulsan de sus cálidos hogares, de sus fríos hogares, o de la ausencia de hogar por una conspiración paternal que los mira a todos con los ojos fijos e impasibles del Gran Hermano.

Mis compañeros de la tripulación, tanto chicos como chicas, se afanan en su trabajo y no me hablan salvo para decirme cosas como:

—Estáis en mi camino.

O:

—Apartad esas manos de mis cosas.

Como si alguno de nosotros tuviera cosas que mereciera la pena guardar. Algunas veces intento ayudarles en lo que están haciendo, pero ellos me dan la espalda, o me empujan, porque les da rabia que me ofrezca.

Sigo imaginándome que veo a bordo a mi hermanita, aunque sé que no está. ¿No se supone que estoy ayudándola con las mates? En mi mente la veo esperando y esperando por mí, pero no sé dónde está. Lo único que sé es que no llego a aparecer. ¿Cómo iba a hacerle eso a ella?

Todo el mundo a bordo está bajo el escrutinio constante del capitán, que en cierto modo resulta familiar, y en cierto modo no. Parece saberlo todo sobre mí, aunque yo no sé nada sobre él.

—Mis asuntos consisten en crispar los dedos en torno al corazón de vuestros asuntos —me ha dicho.

El capitán tiene un parche en el ojo y un loro. El loro tiene un parche en el ojo y una argolla de seguridad alrededor del cuello.

—Yo no tendría que estar aquí —le digo al capitán, preguntándome si no habré dicho eso ya antes—. Tengo exámenes parciales y trabajos que hacer y ropa sucia que no he recogido del suelo de mi habitación; y tengo amigos, muchísimos amigos.

El capitán tiene la mandíbula fija y no ofrece respuesta, pero el loro dice:

—¡Tienes amigos, muchísimos amigos también aquí, también aquí!

Entonces uno de los otros chicos me susurra al oído:
—No le digas nada al loro. Es así como te atrapan.

5

YO SOY LA BRÚJULA

No se puede poner en palabras las cosas que siento; y si se pudiera, esas palabras no estarían en una lengua que pudiera comprender nadie. Mis emociones hablan en lenguas desconocidas. La alegría se convierte en rabia que se convierte en miedo y después en divertida ironía, como saltar de un avión, con los brazos abiertos, sabiendo sin lugar a dudas que sabes volar, para descubrir después que no sabes, y que no solo no tienes paracaídas, sino que no llevas puesto nada de ropa, y que la gente que está abajo llevan todos prismáticos y se están riendo mientras caes en picado hacia una muerte tremendamente vergonzosa.

El oficial de derrota me dice que no me preocupe por eso. Me señala el cuaderno de pergamino en el que dibujo a menudo, por pasar el rato:

—Expresad vuestros sentimientos en líneas y colores —me dice—. Colores, dolores, dólares... Las verdaderas riquezas yacen en la manera en que vuestros dibujos me atrapan, me gritan, me obligan a ver. Mis mapas nos enseñan el camino, pero vuestras visiones nos enseñan el modo. Vos sois la brújula, Caden Bosch. ¡Vos sois la brújula!

—Sí soy una brújula, la verdad es que soy una brújula bastante inútil —le digo—. No soy capaz de encontrar el norte.

—Por supuesto que sois capaz —dice él—. Lo único que pasa es que en estas aguas el norte está todo el tiempo mor-diéndose la cola.

Eso me hace pensar en un amigo que tuve una vez, que pensaba que el norte era cualquier dirección a la que él se dirigiera. Ahora pienso que tal vez tuviera razón.

El oficial de derrota solicitó tenerme como compañero de habitación cuando mi anterior compañero, al que apenas puedo recordar, desapareció sin dar explicaciones. Compartimos un camarote que es demasiado pequeño para uno, no digamos para dos.

—Vos sois el más decente de todos los indecentes que hay aquí —me dice—. Vuestro corazón no ha pillado el frío de la mar. Además, tenéis ingenio. Ingenio, insidia, envidia... Vuestro ingenio hará que el barco se ponga verde de envidia... ¡Acordaos de mis palabras!

Es un chico que ha hecho ya muchas travesías. Es hipermétrepe. Eso quiere decir que cuando mira a alguien no lo ve, sino que ve algo que está detrás de él, en una dimensión muy separada de la nuestra. La mayor parte del tiempo el oficial de derrota no mira a nadie, pues está demasiado ocupado trazando cartas de navegación. Al menos así es como las llama. Están llenas de números y palabras y *flechas* y líneas que conectan los puntos para formar, a partir de las estrellas, constelaciones que yo no había visto nunca.

—Los cielos son diferentes aquí —dice—. Tenéis que ver dibujos nuevos en las estrellas: dibujos, rebujos, relujos, relojes. Tiene que ver con medir el día que pasa. ¿Lo comprendéis...?

—No.

—De la playa a la pava, de la pava a la cabra. Ahí tenéis la respuesta, os lo aseguro: en la cabra. La cabra come de todo, digiere el mundo convirtiéndolo en parte de su propio ADN, y lo vomita todo, marcando de ese modo el territorio. Territorio, irrisorio, emisorio, enemigo, oídme bien lo que

os digo. El signo de la cabra encierra la respuesta de nuestro destino. Todo tiene un propósito. Buscad la cabra.

El oficial de derrota es inteligente. Tan inteligente que la cabeza me duele solo de estar en su presencia.

—¿Por qué estoy aquí? —le pregunto—. Si todo tiene un propósito, ¿cuál es mi propósito en este barco?

Él se vuelve a sus cartas, escribiendo palabras y añadiendo nuevas flechas encima de lo que ya está, amontonando sus pensamientos en capas tan gruesas que solo él los puede descifrar.

—Propósito, pósito, pórtico: vos sois el pórtico de la salvación del mundo.

—¿Yo...? ¿Estáis seguro?

—Tan seguro como que vamos en este tren.

6

SUENA HORRIBLE

Pórtico, déltico, delfines danzando en las paredes de la habitación de mi hermana mientras yo estoy en la puerta. Hay siete delfines.

Lo sé porque los pinté yo para ella, cada uno representando uno de *Los siete samuráis* de Kurosawa, ya que yo quería que ella los siguiera apreciando cuando se hiciera mayor.

Los delfines me miran esta noche, y aunque la carencia de pulgares oponibles hace difícil el manejo de la espada, los encuentro mucho más amenazadores de lo normal.

Mi padre está arrojando a Mackenzie en la cama. Es tarde para ella, pero no para mí, porque yo acabo de cumplir los quince, mientras que ella está a punto de cumplir los once. Faltan horas para que me duerma yo. Si es que me duermo. Tal vez no. No esta noche.

Mi madre está en el piso de abajo, hablando con la abuela por teléfono. La oigo que habla del tiempo y de las termitas, que se están comiendo nuestra casa a bocados.

—...Pero cerrar la casa entera con un plástico para fumigarla suena horrible —le oigo decir a mi madre—. Tiene que haber otro modo mejor.

Mi padre le da a Mackenzie el beso de buenas noches, y después se vuelve y me ve a mí allí, de pie, ni completamente dentro de la habitación ni completamente fuera.

—¿Qué pasa, Caden?

—Nada, es solo... No importa.

Se pone de pie, y mi hermana se vuelve para ponerse de cara a la pared de los delfines, dejando claro que ya está lista para irse al país de los sueños.

—Si pasa algo, me lo puedes decir —dice mi padre—.
Lo sabes, ¿no?

Hablo en voz baja para que no me oiga Mackenzie:

—Bueno, es solo que... es ese chico del colegio.

—¿Sí...?

—Por supuesto, no estoy seguro...

—¿De qué?

—Bueno... Creo que quiere matarme.

7

ABISMO CARITATIVO

En el centro comercial hay una hucha para depositar donativos. Es un gran embudo amarillo que recoge dinero para alguna ONG dedicada a niños en los que no es muy agradable pensar. «Niños mutilados en guerras en el extranjero» o algo así. Se supone que tienes que meter una moneda por una ranura y soltarla. La moneda gira y gira por el gran embudo amarillo durante un minuto más o menos, emitiendo un zumbido metálico que se va condensando, haciendo más intenso, más desesperado, conforme traza una espiral en la que cada vez se halla más próxima al agujero. Gira más y más rápido, con toda esa energía cinética obligada a descender hacia el cuello del embudo, hasta que la moneda suena como una alarma y termina enmudeciendo al caer en el negro abismo del embudo.

Yo soy esa moneda en su descenso, gritando en el cuello del embudo, sin otra cosa que mi propia energía cinética y mi fuerza centrífuga que trata de evitar que caiga en la oscuridad.

8

LOS PIES EN LA TIERRA

—¿Qué es eso de que te quiere matar? —Mi padre sale al pasillo y cierra la puerta de la habitación de mi hermana. Al final del pasillo, un poco de luz sale del cuarto de baño en un ángulo prudente—. Caden, esto es serio. Si en el colegio hay un chico que te amenaza, tienes que contarme qué sucede.

Se queda allí de pie, esperando, y yo lamento haber abierto la boca. Mi madre sigue abajo, al teléfono, hablando con la abuela. Y yo empiezo a preguntarme si será realmente la abuela, si no estará fingiendo... hablando con otra persona, tal vez sobre mí, y tal vez usando palabras en clave... Pero ¿por qué iba a hacer eso? Es de locos. No, solo está hablando con la abuela. Sobre las termitas.

—¿Les has dicho algo de ese chico a los profesores...?

—No.

—¿Qué ha hecho? ¿Te ha amenazado abiertamente?

—No.

Mi padre respira hondo.

—Bueno, si realmente no te ha amenazado, tal vez la cosa no sea tan grave como piensas. ¿Ese chico lleva algún tipo de arma al colegio?

—No. Bueno, quizá. Sí, sí... creo que puede que tenga una navaja.

—¿Se la has visto?

—No, pero lo sé. Es el tipo de chico que puede llevar navaja, ¿sabes?

Mi padre vuelve a respirar hondo y se rasca en la cabeza, entre el pelo ralo. —Dime qué es lo que te ha dicho ese chico exactamente. Intenta recordarlo todo.

Busco y trato de encontrar las palabras para explicarme, pero no las encuentro.

—No es lo que ha dicho, sino lo que no ha dicho.

Mi padre es contable. Muy lineal, muy de hemisferio izquierdo, así que no me sorprende cuando dice:

—No te sigo.

Me vuelvo y toqueteo una foto de la familia que está colgada en la pared, dejándola torcida. Eso me molesta, así que me apresuro a ponerla bien otra vez.

—No importa —le digo—. No tiene importancia. —Intento escaparme bajando la escalera, porque me gustaría oír la conversación que está manteniendo mi madre, pero mi padre me coge del brazo con suavidad. Eso es suficiente para impedir que me vaya.

—Espera un poco —dice—. Vamos a aclarar esto. Ese chico que te preocupa... va a la misma clase que tú, y hay algo en su comportamiento que te resulta amenazador.

—En realidad, no coincidimos en ninguna clase.

—Entonces ¿cómo lo conoces?

—No lo sé. Pero a veces paso a su lado en el pasillo.

Mi padre baja la vista, haciendo cálculos mentales antes de volver a mirarme.

—Caden... Si tú no lo conoces, y nunca te ha amenazado, y lo único que habéis hecho es cruzaros en el pasillo, ¿qué te hace pensar que quiere hacerte daño? Seguramente ni siquiera sabe quién eres tú.

—Sí, tienes razón, estoy de los nervios...

—Seguramente estás dando demasiada importancia a algo.

—Sí, demasiada importancia. —En cuanto lo he dicho en voz alta, me doy cuenta de lo tonto que parezco. Porque la verdad es que ese chico ni siquiera sabe que existo. Yo ni siquiera sé cómo se llama.

—El instituto puede ser inquietante —dice mi padre—. Hay muchas cosas que te pueden poner nervioso. Siento que hayas estado calentándote la cabeza con eso. ¡Menudas cosas se nos ocurren a veces! Pero en ocasiones todos necesitamos poner los pies en la tierra, ¿no te parece?

—Es verdad.

—¿Ya te sientes mejor?

—Sí, mejor. Gracias.

Pero me sigue mirando detenidamente mientras me voy, tal vez porque sabe que le estoy mintiendo. Mis padres han notado lo nervioso que estoy últimamente. Mi madre opina que debería ir a yoga.

9

NI ERES EL PRIMERO NI SERÁS EL ÚLTIMO

La mar se extiende en todas direcciones. Ante nosotros, detrás de nosotros, a babor, a estribor, y más, más, más allá. Nuestro barco es un galeón curtido por un millón de travesías que se remontan a edades aún más oscuras que esta.

—No hay mejor nave en su tipo —me dijo una vez el capitán—. Confía en ella y no se saldrá de su rumbo. —Lo cual es muy importante, teniendo en cuenta que nunca hay nadie al timón.

—¿Cómo se llama la nave? —le pregunté una vez al capitán.

—Nombrarla es hundirla —me dijo—. Lo que nombra-
mos pesa más que el agua que desaloja. Pregunta en cual-
quier naufragio.

Sobre el arco de la escotilla principal hay un letrero grabado a fuego en la madera que dice: «Ni eres el primero ni serás el último», y me sorprende cómo esa frase me hace sentir al mismo tiempo insignificante y destacado entre los demás.

—¿Os dice algo? —pregunta el loro, posado sobre la es-
cotilla, mirándome. Mirándome siempre.

—No realmente —le digo.

—Bueno, pues si lo hace, anotad todo lo que diga.

10

EN LA COCINA DEL MIEDO

Visito la Cocina de Plástico Blanco casi todas las noches. Los detalles cambian cada vez, lo suficiente para que no pueda predecir el resultado del sueño. Si fuera el mismo, al menos yo sabría qué esperar... y si lo supiera, podría prepararme para lo peor.

Esta noche me estoy escondiendo. Hay muy poco sitio donde esconderse en la cocina. Estoy metido en una nevera de última generación. Tiemblo. Y me acuerdo del capitán, porque me llamó una vez cachorrito tembloroso. Alguien abre la puerta: es una máscara que no recuerdo, una mujer que mueve la cabeza hacia los lados como negando.

—Pobrecito, tienes que estar helado. —Sirve café de una jarra llena, pero en vez de ofrecerme, me atraviesa con la mano el ombligo para coger la leche que se encuentra en la nevera detrás de mí.



11

TODAS LAS COSAS HORRIBLES TIENEN SU LADO HERMOSO

Bajo la cubierta principal están los camarotes de la tripulación. La cubierta de la tripulación es mucho más grande de lo que el barco parece desde fuera. Muchísimo más. Hay un largo pasillo que sigue y sigue y no parece terminar nunca. Entre las tablas de madera que forman el casco y las cubiertas del barco hay una pez maloliente que impide que entre el agua. Ese olor no es tan fuerte en ningún sitio como allí abajo. Es un olor acre, orgánico, como si las formas vivas que el tiempo ha destilado hasta convertirlas en alquitrán no hubieran acabado de descomponerse por completo. Huele a sudor concentrado y a olor corporal, y también a esa sustancia que se acumula debajo de las uñas de los pies.

—¡El olor de la vida! —dijo con orgullo el capitán cuando le pregunté por ese hedor—. Vida en transformación, tal vez, pero vida de todos modos. Es como el olor salobre de una poza de marea, muchacho: acre y pútrido, pero al mismo tiempo refrescante. Si una ola bate la orilla rociándonos las narices, ¿la vamos a maldecir? ¡No! Porque nos recuerda lo mucho que nos gusta la mar. Ese olor estival de la playa que os lleva al más sereno confín de vuestra alma no es nada más que una suave bocanada de putrefacción marina. —Entonces, satisfecho, respiró hondo para demostrar que tenía razón—. Por supuesto, todas las cosas horribles tienen su lado hermoso.

12

LA FIESTA

Cuando mis amigos y yo éramos más pequeños y estábamos en el centro comercial muriéndonos de aburrimiento, solíamos jugar a ese juego. Lo llamábamos «la fiesta del comprador psicópata». Elegíamos a una persona, o a una pareja, o a veces a una familia entera, aunque para el propósito del juego era mejor elegir a una persona que estuviera haciendo sus compras sola. Inventábamos una historia sobre el objetivo secreto de la persona elegida. Normalmente ese objetivo tenía algo que ver con un hacha o con una sierra mecánica, y con un sótano o bien un desván. Una vez elegimos a aquella viejecita con la cara tensa de determinación, decidiendo que era la asesina en serie perfecta para aquel día. La historia que nos inventamos fue que ella compraría un montón de cosas en el centro comercial, demasiado para llevárselo, y haría que se lo llevaran a casa. Entonces atraparía al chico del reparto, y lo mataría utilizando cada una de las cosas que él le había llevado. La ancianita poseía una auténtica colección de armas recién compradas, y también de repartidores en el sótano y/o desván.

Así seguíamos durante veinte minutos, pensando que aquello era para partirse la caja... hasta que la ancianita entró en una cuchillería y la vimos comprar un hermoso cuchillo de carnicero. Entonces la cosa se volvió aún más graciosa.

Sin embargo, cuando salió de la tienda, la miré a los ojos, más que nada por ver si me atrevía a hacerlo. Sé que solo era cosa de mi imaginación, pero vi una mirada cruel y maligna en sus ojos que no olvidaré nunca.

Últimamente veo esos ojos por todas partes.

LA RESPUESTA ESTÁ EN LO MÁS PROFUNDO...



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1578278

ISBN 978-84-698-3373-5



9 788469 833735